

## Un camino que comenzó con inspiración y se convirtió en *vocación*

Karla Emilia Huerta Carreon<sup>1</sup>

Elegir una profesión puede ser una de las decisiones más importantes de la vida. En mi caso, optar por la enfermería no fue una decisión al azar, fue una elección inspirada en la persona que, desde niña, representó para mí el ejemplo de lo que significa cuidar de los demás: mi mamá, quien también es enfermera.

Desde pequeña, observé en ella no solamente una profesión, sino una forma de servir, de asumir responsabilidades y de acompañar a otras personas durante los momentos en que más lo necesitaban. Recuerdo sus palabras cuando le expresé mi deseo de seguir sus pasos: me aseguró que me apoyaría para llegar a ser igual o, incluso, mejor que ella. Aquellas palabras, que en ese momento podían parecer sencillas, se convirtieron con el tiempo en una motivación que me ha acompañado por toda mi trayectoria profesional.

Al ingresar a la carrera de Enfermería en la Universidad Autónoma de Tamaulipas, en Matamoros, comencé a descubrir que esta profesión era mucho más amplia de lo que imaginaba. Conocí los diferentes campos en los que una enfermera puede desarrollarse, así como las responsabilidades, dificultades y satisfacciones que implica ejercerla. También comprendí que la preparación profesional abría nuevas oportunidades y permitía asumir mayores responsabilidades dentro de las instituciones de salud.

Desde entonces tuve claro que no iba a limitarme únicamente a lo aprendido durante la licenciatura. Quería prepararme, adquirir experiencia y encontrar un área

en la cual desarrollar mis capacidades. Lo que en un principio parecía un camino dirigido hacia la enfermería quirúrgica terminó llevándome por diferentes áreas de especialización: primero, nefrología; después, oncología y, finalmente, quirúrgica.

Al mirar mi trayectoria profesional, comprendo que mi historia en enfermería no ha sido una línea recta. Ha estado llena de cambios, oportunidades, dudas, retos y decisiones que en su momento parecían llevarme por caminos diferentes. Sin embargo, hoy puedo reconocer que cada uno de ellos tenía un propósito.

Comencé esta profesión inspirada por mi madre y con el deseo de ser como ella: enfermera intensivista. Con el paso de los años entendí que no se trataba de ser igual que ella, sino de construir mi propia identidad como enfermera, tomando de ella la inspiración y creando, a partir de mis propias experiencias, la profesional que hoy soy.

Mi primera especialidad, enfermería nefrológica me permitió desarrollar habilidades que posteriormente serían fundamentales en mi práctica posterior, por ejemplo: con la hemodiálisis aprendí sobre accesos vasculares, manejo de catéteres, vigilancia continua y actuación ante situaciones hemodinámicas que requieren conocimientos sólidos y capacidad de respuesta. Sin saberlo, esa preparación se convertiría en una de las herramientas que, años después, me permitirían ingresar al campo de la oncología.

La oncología fue una sorpresa en mi vida, si bien ya contaba con conocimientos, también tenía muchas dudas al ingresar en esta área, mi formación me empujó a adquirir mayores habilidades y no limitarme a realizar procedimientos porque alguien me indicara que así debían hacerse; necesitaba comprender el porqué de cada proceso, conocer sus fundamentos y encontrar la preparación necesaria para ofrecer una atención segura e integral. Ese ímpetu fue precisamente lo que me llevó a especializarme en Enfermería Oncológica.



*Área de hemodiálisis. Enfermería nefrológica.*

Durante ese proceso descubrí que el conocimiento no solamente transforma nuestra práctica profesional, sino también la experiencia del paciente. Aprendí que explicar un procedimiento, resolver una duda, anticiparse a una reacción o simplemente brindar tranquilidad puede hacer que una persona afronte de otra manera un tratamiento difícil. Comprendí que detrás de cada acceso vascular, cada medicamento, cada protocolo y cada procedimiento existe una persona que deposita su confianza en nosotros.

Posteriormente, decidí cumplir aquella meta que había quedado pendiente desde el inicio de mi carrera: estudiar Enfermería Quirúrgica. Al comenzar esta tercera especialidad comprendí aún mejor la relación que existe entre mis diferentes áreas de conocimiento. La

asepsia, la antisepsia, los procesos estériles y la seguridad del paciente adquirieron una nueva dimensión y se integraron con los conocimientos previos de nefrología y oncología. Hoy cuento con tres especialidades que, aunque aparentemente pertenecen a áreas diferentes, se complementan y fortalecen mi práctica profesional y he comprendido que prepararse no significa llegar a un punto en el que ya no exista nada más por aprender, por el contrario, cuanto más conocimiento adquiero, más consciente soy de todo lo que aún me falta por descubrir.

Por ello, considero que mi mayor evidencia de éxito no es solamente haber obtenido tres especialidades. Mi verdadero logro ha sido mantener viva la inquietud de aprender, cuestionar, actualizarme y buscar mejores maneras de cuidar a mis pacientes. Cada especialidad ha representado una etapa de crecimiento, pero todas comparten un mismo propósito: brindar una atención de enfermería segura, profesional, humana y fundamentada en el conocimiento.

Sé que aún tengo mucho por aprender y que la enfermería continuará evolucionando. Por ello, me he comprometido con seguir preparándome, actualizar mis conocimientos y mantener siempre presentes dos elementos que ninguna especialidad puede sustituir: la paciencia y la empatía.

Detrás de cada procedimiento hay un paciente; detrás de cada diagnóstico, una historia, y detrás de cada tratamiento, una persona que necesita no solamente una enfermera capacitada, sino también alguien capaz de acompañarla durante uno de los momentos más difíciles de su vida.

Hoy puedo decir que aquel deseo infantil de ser como mi mamá me llevó mucho más lejos de lo que imaginaba y aunque mi camino aún continúa, tengo la certeza de que cada paso, cada especialidad y cada paciente han contribuido a formar la enfermera que soy y, sobre todo, la enfermera que todavía quiero llegar a ser.

Al mirar hacia atrás, comprendo que ninguna de esas decisiones fue equivocada; cada especialidad me proporcionó conocimientos y habilidades que terminaron complementándose entre sí y que hoy forman parte de mi manera de ejercer la enfermería.

Esta es la historia de cómo llegué a la enfermería oncológica, de los cuestionamientos que me llevaron a seguir preparándome y de cómo tres especialidades que aparentemente pertenecen a campos diferentes terminaron conformando una misma trayectoria profesional.

### El camino inesperado hacia la enfermería oncológica

Curiosamente, la oportunidad de trabajar en enfermería oncológica fue algo que yo misma rechacé en un primer momento, aproximadamente un año antes de ingresar al área oncológica, ya me habían ofrecido ese puesto, mi primera respuesta fue negativa. No fue porque no me interesara el área, sino precisamente porque me preocupaba no tener las habilidades suficientes para brindar el cuidado que esos pacientes necesitaban.

Recuerdo haber pensado: «Son pacientes oncológicos y yo no tengo habilidad para canalizar accesos venosos difíciles». Mi mayor preocupación era que, si un paciente ya estaba atravesando un tratamiento extenuante y emocionalmente difícil, yo llegara a ocasionarle todavía más molestias al intentar canalizarlo y tuviera que someterlo a múltiples punciones. No quería que mi falta de experiencia terminara convirtiéndose en una vivencia desagradable para una persona que ya estaba enfrentando una situación compleja. Por esa razón decidí no aceptar la oportunidad.

Continué mi trayectoria profesional pasando por diferentes escenarios: un hospital privado, una unidad de hemodiálisis y, posteriormente, una institución pública. Cada uno de esos espacios me aportó conocimientos y habilidades diferentes. Sin embargo, aproximadamente un año después, la oportunidad de trabajar en oncología volvió a presentarse, esta vez como un empleo de medio tiempo. En ese momento mi situación era diferente, pensé que podía ser una buena oportunidad, ya que me permitiría combinarlo con mi empleo en el hospital público, donde cubría el turno nocturno y esa vez decidí aceptar.

Sin saberlo, aquella decisión marcaría uno de los cambios más importantes de mi trayectoria profesional.

Al ingresar al área de oncología me encontré con un mundo completamente distinto del que conocía.



Área de oncología. Enfermería oncológica

Tenía experiencia en enfermería y una especialidad en el área de nefrología, pero, constantemente surgían mis dudas, me preguntaba por qué determinados procedimientos se realizaban de cierta manera, de dónde provenían algunos protocolos y cuál era el fundamento de ciertos manejos en los pacientes.

Mi experiencia en hemodiálisis me había permitido adquirir conocimientos importantes, particularmente relacionados con los accesos vasculares. Sin embargo, al llegar a oncología descubrí que existían muchos otros aspectos que necesitaba comprender. Mi curiosidad me llevaba a no simplemente repetir procedimientos sólo porque así se habían realizado siempre, deseaba conocer el fundamento detrás de cada uno de ellos.

Fue entonces cuando comprendí algo fundamental en mi desarrollo profesional: tener experiencia no significa haber terminado de aprender.

Mis dudas se convirtieron en una motivación para buscar respuestas, comencé a investigar, cuestionar y procurar una preparación específica en el área de oncología. En 2022 tuve la oportunidad de iniciar la Especialidad en Enfermería Oncológica junto con otras dos enfermeras en Matamoros.

En ese momento sólo había en la ciudad una enfermera con la especialidad oncológica concluida; con nosotras tres, que apenas iniciábamos la formación, sumaríamos cuatro. Esta situación me hizo comprender la necesidad de contar con profesionales cada vez más preparados en esta área.





Quirófano. Enfermería quirúrgica

Conforme avanzaba en la especialidad, muchas de las preguntas que tenía al inicio encontraron su respuesta. Mi perspectiva sobre los procedimientos cambió, y con ella, mi manera de ejercer la enfermería.

Al regresar a mi área de trabajo con estos nuevos conocimientos, pude identificar que algunos procedimientos podían realizarse de una manera diferente. No necesariamente se trataba de prácticas que pusieran directamente en riesgo la integridad del paciente, pero sí de procesos que representaban riesgos para la salud del propio personal de enfermería o que eran susceptibles de optimizarse para lograr una atención más segura y eficiente.

Esta nueva perspectiva me llevó a proponer cambios y a trabajar en la estandarización de procedimientos dentro de mi unidad. Comenzamos a modificar protocolos y a organizar procesos con base en guías y recomendaciones internacionales. También aprendí que la seguridad no solamente consiste en evitar un daño inmediato al paciente, sino en diseñar procesos que lo protejan a él, al personal y a la propia institución.

Incluso fue posible identificar oportunidades para optimizar recursos. Comprendí que una enfermera especialista no solamente ejecuta procedimientos: también observa, analiza, cuestiona y propone mejoras.

Uno de los cambios más importantes que experimenté fue precisamente ese: dejé de preguntarme únicamente

«¿cómo se hace?» para cuestionar por qué se hace de esa forma y si existe una manera más segura o eficiente de hacerlo.

La especialidad en oncología no solamente amplió mis conocimientos técnicos. Cambió mi manera de pensar como enfermera.

También cambió mi relación con los pacientes. Al contar con una mejor preparación, pude explicarles con mayor seguridad los procedimientos, resolver sus dudas y acompañarlos de una manera más consciente durante sus tratamientos. Comprendí que, para un paciente oncológico, recibir información clara puede disminuir parte de la incertidumbre y permitirle sentirse más seguro durante un proceso que muchas veces resulta agotador.

Con el tiempo entendí que aquella misma razón por la que inicialmente había rechazado el puesto terminó convirtiéndose en una de las mayores motivaciones de mi crecimiento profesional. Al principio tuve miedo de no ser lo suficientemente capaz para cuidar a esos pacientes. Después comprendí que precisamente ese temor podía convertirse en una oportunidad para prepararme y ofrecerles un cuidado cada vez mejor.

Hoy veo aquella primera negativa de una manera diferente: si hubiera aceptado el puesto en aquel momento, probablemente habría llegado con muchas carencias y sin la preparación que posteriormente busqué. Haber esperado, adquirido experiencia y decidido finalmente ingresar al área me permitió reconocer mis propias limitaciones y convertirlas en objetivos de aprendizaje.

Mi llegada a la oncología, entonces, no fue solamente un cambio de área laboral. Fue el inicio de una etapa en la que aprendí que reconocer lo que no sabemos no nos hace malos profesionales, nos permite identificar aquello que necesitamos aprender para convertirnos en mejores enfermeras.

**Autora:**

**<sup>1</sup> Lic. en Enfermería. Enfermera especialista en Oncología. Servicios Oncológicos de ROCAAM de Matamoros Tamaulipas**